

1° Seminario Patrones de desarrollo Urbano: Hábitat, edificación y sustentabilidad.

PONENCIA: Cultura y hábitat residencial: el caso Mapuche.¹
Autor: Orlando Sepúlveda mellado.
Casilla electrónica: 53osm35@gmail.com
Institución: Universidad Tecnológica Metropolitana, Facultad de Ciencias de la Construcción y Ordenamiento Territorial, Escuela de Arquitectura.

Resumen

La presente ponencia hace ver la relación entre habitante, arquitectura y ciencias humanas, entendiendo que la dimensión cultural del habitante es esencial en el diseño arquitectónico, por lo que amerita conocer las teorías y métodos etnográficos para identificar su cultura. A partir de estas reflexiones, se expone el caso Mapuche como estudio de caso para desarrollar, como ejemplo la selección de tres símbolos de la cultura residencial Mapuche.

El habitante, la arquitectura y las ciencias humanas

La arquitectura como manifestación humana, siempre ha reflejado la cultura, la idiosincrasia y modos de habitar en la historia de las civilizaciones. Podría decirse que expresa los valores, creencias, hábitos y conductas sociales a través de las huellas que conserva. Tal vez sea esta la razón por la que concentra y resume los rasgos de vida de sus habitantes; como además, hacia ella converge el conjunto de conocimientos de cada civilización.

Por otra parte, es un hecho sabido que la razón del quehacer arquitectónico es el habitante; usuario de la espacialidad que la conforma; sin embargo y aún cuando siempre el arquitecto se ha servido de los conocimientos últimos de disciplinas que se cultivan en cada época, se ha inclinado preferentemente por lo tecnológico y nunca ha recurrido a las ciencias humanas para diagnosticar la cultura de sus habitantes y la dimensión subjetiva que de ellas se podría extraer, a pesar que en la actualidad llevan cerca de dos siglos de existencia centradas en perfeccionar sus conocimientos y teorías sobre la cultura.

El quehacer en arquitectura, hasta el día de hoy, se ha reservado la exclusividad en identificar el perfil del habitante con procedimientos obsoletos frente al desarrollo que ostentan la sociología, la antropología, la etnología y varias otras ciencias.

Por estas razones se concibe en la presente ponencia, motivar reflexiones entorno al diagnóstico cultural del habitante, aprovechando el avanzado conocimiento de las ciencias humanas, a sabiendas que su recorrido exigirá abrir un sendero nada fácil, donde habrá que incursionar fuera de nuestra disciplina, buscando un lenguaje, compartido, entendiendo que ello significa abrir caminos a través de una interdisciplina desde la Arquitectura hacia la Antropología, Sociología y etnología.

¹ La presente ponencia deriva de la Tesis Doctoral que realizó el autor dentro del Programa Conjunto entre la Universidad Politécnica de Madrid (UPM) y la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile (FAU-UCH), titulada "Cultura y Hábitat Residencial: El caso Mapuche en Chile".

La práctica en arquitectura y la dimensión cultural.

El ejercicio rutinario del Arquitecto en Chile se ha valorado como una labor preferentemente artística cuando se trata de obras importantes; aceptándose, con relativa seguridad, que el sentido de sus propuestas provienen de una concepción subjetiva y de una capacidad creativa difícil de explicar y justificar y que estas creaciones están destinadas a mentalidades sensitivas, capaces de leer el lenguaje arquitectónico e interpretar sus significaciones y razones que dan origen a la imagen.

Sin embargo, previo a la concepción de la obra hay un paso necesario destinado a conocer la cultura del usuario, porque es a él a quién se destina la obra. Pero este paso lo realiza el arquitecto con los mismos procedimientos intuitivos, propios del proceso creativo que debe desplegar después. Es decir, que sin cargos de conciencia, él registra lo que observa en el habitante: sus actos, hábitos, costumbres, pensando que esa es su cultura y la interpreta en propuestas espaciales para habitar, sin ocurrírsele acudir a otras fuentes más autorizadas que pudieran ofrecerle técnicas o métodos más objetivos. Sin embargo, no se requiere razones muy profundas para entender que la identificación cultural del usuario no es específicamente un acto creativo, sino un paso previo al diseño que consiste en precisar la cultura del habitante a través de un método etnográfico.

Las ciencias humanas han elucubrado por siglos discutiendo el concepto de cultura, manifestando un pensamiento en permanente evolución, por lo que se entiende viene perfeccionándose desde hace mucho tiempo.

Estas ciencias han profundizado mucho en la concepción teórica del concepto como también han identificado cuáles son los factores que la condicionan. Los avances teóricos sobre los conceptos de cultura que cultivan las ciencias humanas nos asombran, especialmente con la teoría de la “Antropología Simbólica” cuyos enunciados manifiestan una indiscutible aproximación con las prácticas en arquitectura. Justamente el quehacer en nuestra disciplina requiere un instrumento metodológico para identificarla en el habitante y escudriñar cuál es la relación que puede existir entre esa cultura y el hábitat residencial de quién la posee, para entender de qué manera la cultura incide en la conformación del espacio y de esa manera revelar una visión que hasta el momento ha quedado rezagada en esa capacidad casi oculta, subjetiva, intuitiva y poco explicable del Arquitecto.

El concepto de cultura que propicia Geertz (2005: 1) es esencialmente semiótico, afirmando que:

“El hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido y la cultura es esa urdimbre, donde su análisis ha de ser no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones. Lo que busco es la explicación, interpretando expresiones sociales que son enigmáticas en la superficie”

La creación arquitectónica, la cultura del habitante y los métodos etnográficos

Existe una relación entre cultura, forma de vida y hábitat que nadie rebate, consistente en que las formas de vida de una familia derivan de su cultura; y que a su vez, el hábitat que ella ha conformado deriva de su forma de vida. Son verdades obvias, que constituyen axiomas.

Sin embargo, lo que no se sabe es: ¿ “cómo” la cultura influye en la forma de vida de una familia y, a su vez, “cómo” la forma de vida influye, en la conformación de su hábitat? La manera en que ocurren estos procesos es crucial de revelar para perfeccionar una etapa preliminar al diseño arquitectónico, que hasta el momento ha quedado relegada a los impulsos personales y asertividad casual del Arquitecto, sin haber adquirido herramientas científicas apropiadas para resolverla.

Estas preguntas suelen hacerse los diseñadores arquitectos al momento de enfrentar un proyecto habitacional. Pero la verdad es que es un paso prioritariamente intuitivo, considerando que las ciencias humanas ya tienen mucho avanzado en este sentido; sin embargo, el único quien más pierde es el habitante, que tiene que desenvolver su vida en una espacialidad aleatoria que no necesariamente puede interpretarlo y que no da garantías de responder a su idiosincrasia.

Sabemos que la formación del profesional Arquitecto en Chile ha priorizado el desarrollo de aptitudes creativas y del lenguaje gráfico, por ser consideradas las facultades esenciales para el diseño arquitectónico. Aún cuando el campo de su ejercicio profesional puede ser muy amplio, estas facultades representan, no obstante, el rasgo distintivo de su vocación profesional.

La creación arquitectónica ha sido impulsada tradicionalmente en las universidades a través de ejercicios estético-perceptuales, donde la sensibilidad y la emotividad psico-espacial son los fines prioritarios a través de los cuales el Arquitecto pone en juego su capacidad profesional, intentando provocar en el habitante las emociones más sobrecogedoras en la experiencia de su habitar.

Este enfoque ha tendido a priorizar las aptitudes creativas y a ponerlas en juego a través de procesos mentales distantes de la racionalidad y la lógica e inmersos en vivencias subconscientes, poco explicables, aunque complementarias y no menos importante, se consideran las tecnologías.

Sin embargo, esta práctica se ha extendido, también, hacia la etapa previa al diseño, en que el Arquitecto requiere perfilar la identidad del habitante; y sus visiones imaginativas tiende a fundamentarlas, también, con argumentaciones subjetivas y personales, concluyendo en diagnósticos que, si bien es cierto, son descripciones que pueden ser muy profundas imaginativamente y a veces muy convincentes emocionalmente, no tienen sistematicidad epistemológica.

La identificación del perfil cultural del habitante queda expuesto, de esta manera, a un resultado impreciso a través de un proceso inseguro como el descrito. Sin embargo, existen teorías científicas en las ciencias humanas (Garfinkel, 1967; Blumer, 1969; Geertz, 2005; Thompson, 1988; Giménez, 2005; Austin, 2000)) de las cuales se podría extraer el conocimiento necesario para aprovecharlas y aplicarlas en la identificación de la cultura, previamente a los diseños arquitectónicos; procedimiento más confiable científicamente que el derivado de la mera intuición arquitectónica, de modo que el

perfil cultural del habitante surgiera como factor preciso, como antecedente y base para la tarea creativa del arquitecto, sin menoscabo de sus atributos creacionales y motivadores para el diseño.

Hace mucha falta que para superar la etapa previa al diseño arquitectónico se recurra a la Antropología, a la Sociología y/o a la Etnografía y se estudie sus teorías últimas, junto con ello se comprenda el lenguaje y principios de esas especialidades y luego se retorne al ámbito arquitectónico para aplicar esos conocimientos y así optimizar sus propuestas proyectuales, asegurando que el perfil del habitante esté definido con procedimientos de certeza científica.

Si bien es cierto que el proceso de la creación es un pasar por las profundidades de la imaginación y del sentimiento, inmerso en una liberación sin límites; no corresponde aplicar esta modalidad al diagnóstico de la cultura, donde la ciencia ya tiene saberes decantados. Para lograr esto, es necesario que el Arquitecto salga de su anquilosado ámbito profesional y se compenetre en el de las ciencias humanas; que sin renunciar a sus orígenes vocacionales, estudie y comprenda esos saberes y retorne a su campo vocacional enriquecido para beneficio del habitante y de la sociedad.

EL PUEBLO MAPUCHE

El tema del pueblo Mapuche desde la perspectiva de esta ponencia, resulta, atractivo por su triple dimensión, a saber:

- El valor histórico patrimonial del pueblo Mapuche.
- El carácter étnico en arquitectura.
- La ineludible aproximación cultural al tema.

No obstante lo anterior y obviando antecedentes históricos, conocidos por todos a fin de abreviar lo referenciado sobre la bravura, valentía, estrategia militar y su espíritu libertario, nos centraremos preferentemente en algunos antecedentes de importancia, revelados, sin embargo, a la historia con poca transparencia.²

El Mapuche presentó un frente combativo al colonizador español y nunca fue colonizado. Después de un siglo (1550-1650) ambos rivales terminaron asentados en territorios vecinos, separados por el caudaloso río Bío Bío, respetándose y conviviendo esporádicos intercambios comerciales, en virtud de acuerdos parlamentados de ayuda mutua.

Efectivamente, después de un siglo de guerra y un gran desgaste material, físico y anímico por ambos frentes, el colonizador español inició un plan de acuerdos de pacificación, que culminaron con el Parlamento de Quilín el 6 de enero de 1641. En las Paces de Quilín se reconoció la independencia del pueblo Mapuche y su autonomía como nación (Bengoa, 2000), dejando de pertenecer a la Capitanía General de Chile y sus integrantes fueron considerados iguales a los españoles ante la Corona de

² Refiriéndonos al relato histórico de la "Pacificación de la Araucanía", José Bengoa (2000, pág. 291) dice: "Creemos que esta página de la historia chilena ha sido ocultada por los historiadores con una inexcusable falta de seriedad".

España. Bajo los acuerdos de este parlamento, ambos frentes se debían respeto y ayuda mutua en casos de conflictos externos.

Esto significa que el pueblo Mapuche se constituyó en una nación libre e independiente, mientras que Chile continuó bajo el régimen colonial durante 167 años más, hasta el acontecimiento de su independencia en 1818. Los acuerdos de Quilín fueron ratificados por la Corona española, mediante la Real Cédula dictada por el Rey Felipe IV el 29 de Abril de 1643.

La cultura Mapuche, en estas condiciones, de nación independiente, se conservó casi intacta, enriquecida por las asimilaciones de técnicas agrícolas, ganaderas y estrategias defensivas extraídas del español. Mientras que el pueblo Picunche engendró el mestizaje en sus relaciones con el español colonizador, dando origen a una población con un carácter y cultura que se fue distanciando de la idiosincrasia Mapuche, acercándose más a la civilidad y cultura extranjera, más expansiva y productiva.

Esta condición, libre e independiente de la nación Mapuche fue trastocada en 1880, cuando la Republica de Chile decidió invadir su territorio y someterla mediante la llamada “Pacificación de la Araucanía”, para ocupar sus territorios e incorporarlos al de la nación chilena para dar continuidad territorial al país de sur a norte, pero que para los Mapuche no fue otra cosa que una cruenta, sorpresiva y no declarada guerra de “colonización”.

A consecuencia de esta campaña, el pueblo Mapuche perdió su hábitat y horizonte cultural y hoy se debate en una pobreza casi marginal, con el agravante de sufrir una segregación social, laboral de injusta imagen y prestigio que dificulta su integración a la nacionalidad chilena.

Al disminuir su territorio, el pueblo Mapuche perdió los recursos naturales con que construía sus rukas, y el Estado asumió asistirlos con políticas habitacionales. Sin embargo, esta gestión ha demostrado un grave desacierto al no responder a los rasgos culturales del Mapuche, porque no ha tenido el acierto ni mostrado capacidad necesaria para identificar el perfil cultural del habitante Mapuche.

Esta incapacidad es estructural a la gestión institucional del Estado, por cuanto su política habitacional no la ha dispuesto resolver con rigor metodológico, las diferencias culturales de la población que en general debe atender lo largo del país y en esto, obviamente se incluye al pueblo Mapuche .

Formas de vida Mapuche.

(Estudio de casos de un vecindario Mapuche rural, asentado en el Sector Chomío de la Comunidad Juan Huehuentro de la Comuna Padre Las Casas, IX Región de la Araucanía).

Las familias viven en condiciones de pobreza en que la único que les atenúa su situación, es que la vida rural los libera de la tradicional segregación social que sufren de la población chilena; y que en el campo, la naturaleza no hace distinciones socio-económicas para prodigar sus beneficios. Por otra parte, su fragilidad socio-económica, no les afecta en su dignidad ni tampoco las carencias materiales e

higiénicas, porque al parecer el entorno natural los privilegia y protege. En síntesis son felices y dignos en medio de una pobreza que a los winkas nos golpea con dureza y revuelve nuestras conciencias.

En los días laborales, la familia suele juntarse a la hora de cenar y su alimentación normalmente es un plato guisado a base de verduras, papas, arroz, tallarines y/o huevos. Eventualmente comen carne de cerdo o gallina y muy eventualmente de vacuno, aun cuando aprecian mucho la carne de equino. Su alimentación es a base, principalmente, de harina en forma de sopaipillas, pan amasado y tortilla de rescoldo. A deshoras toman mucho mate y es el condimento que normalmente ameniza las reuniones que espontáneamente suelen sostener. Emplean un mate pequeño que hacen circular entre los presentes, llenándolo con agua hervida, cada vez que cambia de mano.

Es una costumbre ancestral vigente, que la visita no debiera rechazar el ofrecimiento del anfitrión, porque si así fuera, éste se sentiría profundamente ofendido. Pero, además, la visita así atendida, debe retribuir de igual forma en la primera oportunidad que tenga, las atenciones del anfitrión.

Sus casas fueron autoconstruidas por los ancestros cercanos (padres o abuelos) y probablemente sin capacitación ni un conocimiento preliminar del programa de una vivienda; además, con una fuerte influencia empírica vivencial de la ruka que, contenía un solo espacio y los enseres se guardaban en canastos o bolsas. La forma ancestral de vida Mapuche no requería mayores espacios de guardar, salvo los comestibles que se almacenaban sobre un emparrillado de madera que colgaba de la estructura de la techumbre, exactamente sobre el fogón para que se ahumaran; y preservar de ese modo su conservación por temporadas prolongadas. El vestuario era lo mínimo y necesario para protegerse del frío. Pero ahora con la sobre oferta de ropa, incluyendo ropa usada o de segunda mano, ellos compran hasta lo que no necesitan y luego no tienen donde guardarla.

En la época en que vivían de la recolección, antes de la llegada de los españoles y durante su permanencia, la mujer solía cultivar una huerta y criar animales domésticos para el consumo familiar, mientras que los hombres salían a cazar, pescar y/o recoger frutos silvestres.

En la actualidad la Ruka tradicional Mapuche está en franca regresión. No viven en ella ni siquiera realizan actividades doméstico-familiares. La usan eventualmente cuando reciben visitas desconocidas que deben atender con cierto protocolo y por eso tienen dispuesto en ella, sólo un fogón y una mesa, con asientos.

Es recurrente escuchar de ellos su aversión al trabajo dependiente, especialmente en las áreas rurales, porque no soportan obedecer órdenes de terceros y prefieren el trabajo independiente, aunque sea inestable. Por otra parte, dentro de la pobreza en que vive la mayoría y la segregación socio-étnica, gran parte del pueblo Mapuche tiene pocas posibilidades para obtener un trabajo estable y bien rentado, ya sea en la administración pública o como empleados en la empresa privada, salvo un porcentaje menor en los grados más bajos de la escala administrativa.

Esta situación los impulsa a desarrollar labores independientes, principalmente de carácter artesanal, cuyos productos deben comercializar en un mercado al detalle.

Complementariamente en la última década, el Gobierno ha propiciado programas de capacitación en el rubro etno-turismo, alentándolos a sacar provecho de su etnia y cultura, pero esta actividad sigue siendo, también, independiente.

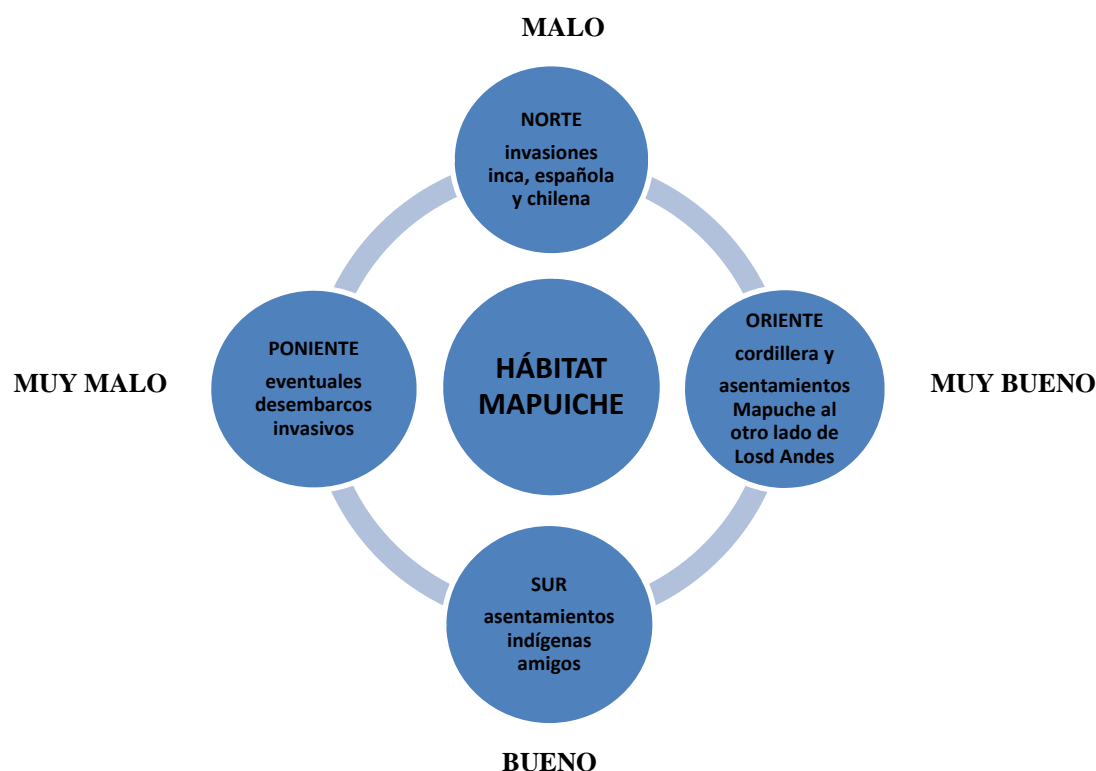


FIGURA N° 57: Conceptos valorativos de las orientaciones. COMENTARIO: Hay que considerar que desde el punto de vista arquitectónico, la orientación norte en el hemisferio sur es la más recomendable para los recintos habitables, por los efectos fungicidas de la radiación solar y de calefactor preferentemente, aparte que en el verano, la inclinación de los rayos solares es baja, casi perpendicular a la horizontal (se acerca a los 90°), en consecuencia, con un pequeño alero basta para bloquearlos e impedir un sobrecalentamiento en el interior de los recintos.

Ahora, este comentario es al margen de la constitución ancestral de la ruka Mapuche, que no tiene ventanas y la única abertura para entrar y salir de ella, como también ingresar por el único umbral orientado preferentemente hacia el oriente por razones de eludir la penetración de las brizas predominantes, enfriando la condición térmica interior. La orientación de este umbral ha sido reforzado con razones de tipo espiritual, lo que se ha difundido mucho como una exigencia imperativa poco menos que inviolable. No obstante en este sentido, hay numerosos casos de rukas que tienen un umbral de entrada y salida por el poniente, además del ubicado al oriente; lo cual trastoca la argumentación espiritual.

Fuente: confección propia.

Este panorama ampliamente generalizado en el pueblo Mapuche, motiva relacionarlo con la natural desenvoltura que se observa en las personas Mapuche para negociar intercambio y venta de productos, demostrando conocimiento acabado del valor del dinero y de las cosas en general, como también en argumentar soluciones de acuerdos para concretar una transacción.

Considerando estas constataciones, postulo que la circunstancia de incubación de una práctica permanente para enfrentar actividades económicas, productivas e inversionales, aunque en pequeña escala por el momento, puede impulsar el desarrollo de una experticia no despreciable en el mundo de hoy, caracterizado por una hegemonía del valor de las cosas y su transacción; obligados en una actividad económica, productiva y comercial que no ha buscado, pero, que le desarrolla habilidades para enfrentarlas cada vez con mayor acierto. Para ellos es la única vía de subsistencia cotidiana. Lo

que tiende a impulsarlos hacia una experticia comercial, que puede facultarlos para emerger en un futuro no definido, como agentes de negocios; y por ende, convertirse en un segmento social avezado para las actividades más recurrentes de la vida actual que se empieza a vivir con énfasis en Chile.

Interpretación significativa de la simbología en el ámbito doméstico de las familias

Estas reseñas generales del asentamiento Mapuche del Sector Chomío no se han desglosado a detalles particulares por respeto a la intimidad de las familias y de la etnia y por ser considerados confidenciales. Se han obtenido con la técnica de la observación participante complementada con entrevistas profundas a informantes claves.

Hemos obtenido muchos antecedentes de su simbología, de los que hemos seleccionado sólo una muestra para esta ocasión, que desde nuestra perspectiva arquitectónica son dignos de considerar y comentar. Ellos son:

- Relaciones de cohesión.
- El fogón
- El ingreso por el oriente a la vivienda.

RELACIONES DE COHESIÓN:

La estructura social Mapuche se reduce a conglomerados familiar y tribal, no obstante demostrar gran capacidad organizacional social por su veloz condición comunicacional y identidad compartida.

Refiriéndonos a la familia, se observan lazos de relación personal basados en profundos sentimientos afectivos de unos con otros y de un indisoluble sentimiento de pertenencia al grupo; podría decirse que no hay distinción entre individuo y grupo. La existencia de uno es unívoca a la del otro, provocando impulsos de protección y/o ayuda, siempre positivos, tendientes a promover unidad.

Entre los padres y de ellos hacia los hijos o viceversa, como también entre los hijos, existe una incondicional comprensión y ayuda al otro. No cabe confundir esto con una permisividad sin control. Pues en casos críticos, surge una espontánea y discreta reacción expresada en movilizaciones que oscilan desde la incondicional comprensión y cariño, hasta la más fuerte ordenación de enmienda, pero siempre basados en sentimientos de compromiso, amor y protección por el otro.

EL FOGÓN:

El objeto fogón es un símbolo doméstico seleccionado ancestralmente por la etnia que permea todas las formas de relación social y familiar. A través de ella se exterioriza y explicita la mayor parte de la condición humana del Mapuche, sobretudo el sentimiento de unidad con el otro, manifestado en la búsqueda del encuentro y comprensión, seguido por el ánimo de establecer lazos de amistad.

El fogón ofrece una ordenación convergente de las personas, conforma un ambiente de intimidad, otorga luminosidad a los rostros, gestos y movimientos corporales, irradia calefacción y ofrece calor para cocción de alimentos que se comparten. Atributos que surgen del carácter Mapuche, cuyas

bondades se van abriendo gradualmente a medida que se va conociendo al otro e intimidando con él. El fogón es expresión de una manera de ser Mapuche, de comportarse y de vivir valorando al otro, buscando siempre unidad vital.

¿Cómo podríamos substituir el símbolo “fogón” en el hábitat residencial winka, como expresión de una manera de ser, si pretendiéramos dar acceso a esos atributos humanos, bajo el compromiso de abrirlo al goce de todos los adelantos tecnológicos y de confort de la modernidad?

Algunos winkas, distanciados del tema, han sugerido reemplazar ese cúmulo de significaciones existenciales, por un aparato de televisión...¿...?.

INGRESO POR EL ORIENTE A LA RUKA (VIVIENDA).

Esta costumbre dificulta el diseño de conjuntos habitacionales para familias Mapuche, especialmente en áreas urbanas en que el valor del suelo es caro y escaso, por lo que las viviendas deben constituir agrupaciones de unidades muy cercanas entre sí, buscando que las urbanizaciones de calles rodeen periféricamente cada agrupación. El problema radica en que si todas deben ubicarse con la entrada hacia el oriente, no es posible conformar agrupaciones dándose la espalda y todas deberían tener las calles de acceso al oriente, resultando una urbanización irracional y objetable desde la tecnología.

Por otra parte, es conveniente considerar que en la IX Región, como cualquiera otra del territorio nacional las orientaciones son iguales, es decir, el mar al poniente y la cordillera al oriente y todas tiene las brizas predominantes desde el mismo origen que es sur-poniente y las lluvias con viento nor-poniente. Es decir que los lados poniente, norte y sur están azotados por vientos con o sin lluvias y el único lado protegido es el oriente.

Ahora, la ruka Mapuche tiene una sola abertura para ingresar, por lo que la mejor ubicación para quedar protegida de los vientos y lluvias es dejarla al oriente.

Por otra parte, los Mapuche no conocían la ventana ni el vidrio, por lo que la ruka es ciega hacia el norte, sur y poniente y sus ocupantes no sabían lo que es gozar del sol en invierno ni del fresco sur en verano, como tampoco gozar la cromaticidad del cielo y naturaleza del atardecer. Tampoco sabían de los efectos fungicidas de la radiación solar en el interior de la vivienda. Tampoco podían controlar visualmente el entorno exterior de la ruka salvo el oriente por desconocer los beneficios de la ventana. Ahora bien, las familias despertaban con la penetración de los rayos solares al amanecer y aparte de levantar los ánimos por la deslumbrante luminosidad matutina, temperaba el poco rato que ese fenómeno telúrico duraba.

El Mapuche, se extasiaba con ese maravilloso fenómeno y naturalmente reconocía sus beneficios, estimulándole la admiración y reflexión, relacionándolo con otras circunstancias, como las reiteradas invasiones desde el norte y por eso lo consideraban malo; no así el sur donde vivían los hermanos Huilliches de donde nunca habían recibido agresiones. Desde el poniente era peor, porque desde el mar habían venido reiteradas embarcaciones de colonizadores y/o piratas y por eso era muy malo. No sucedía así con el oriente, de donde no sólo venía la radiación solar matutina, sino que hacia el otro

lado de la cordillera se asentaba la otra hermandad Mapuche trasandina; hacia esa dirección podían huir en caso de invasiones y ser recibidos al otro lado de la cordillera, aparte que era una eficaz barrera para contener esos invasores.

Al fin de cuentas, hemos comentado que el oriente era una razón práctica para ubicar la puerta de entrada de la ruka ancestral. Ahora el resto de las valoraciones de orientación provenían de experiencias que sabemos no serían recurrentes ni leyes permanentes ni menos de su cosmovisión.

En conclusión la sabia ubicación de la puerta al oriente en la ruka ancestral era por razones prácticas, sin existir otras que coincidieran con la forma del ser Mapuche. Eran y son externas a su condición humana. No constituyen, por lo tanto, una fortaleza cultural; sino una simple asignación de atributos externos de carácter empírico no necesariamente repetibles.

Las Familias Mapuche de Chomío no pusieron exigencias de ubicar las puertas al oriente y los diseños de vivienda realizados por el autor de esta ponencia les asegura aprovechar todos los beneficios de la irradiación solar de las orientaciones, aparte de la del oriente.

BIBLIOGRAFÍA

AUSTIN MILLÁN, Tomás R. 2000. "Para comprender el concepto de cultura". En: *Revista UNAP, Educación y Desarrollo*. N°1. Victoria, Chile. Editorial: Universidad Arturo Prat.

BENGOA, José. 2000. *Historia del pueblo mapuche. Siglo XIX y XX*, 6ª edición. Santiago, Chile. Editorial: LOM Ediciones. 423 páginas.

BLUMER, Herbert. 1982. *El interaccionismo simbólico: Perspectiva y método*. Barcelona, España. Editorial Hora S. A. 160 páginas. ISBN 84-85950-08-9.

GARFINKEL, Harold. (2006 [1967]). *Estudios en etnometodología*. 1º Edición. Barcelona, España. Editorial: Anthropos. 319 páginas. ISBN 84-7658-785-6.

GEERTZ, Clifford. ([1973] 2005). *La interpretación de las culturas*. 13ª reimpresión. Barcelona, España. Editorial: Gedisa. 387 páginas. ISBN 84-7432-333-9.

GIMÉNEZ, Gilberto. 2005. *La teoría y el análisis de la cultura*. México, México. Editorial: CONACULTA. 450 y 367 páginas en 2 volúmenes. ISBN 970-35-0951-7.

LEÓN, Leonardo; et al. 2003. *Araucanía, La Frontera Mestiza, siglo XIX*. Santiago, Chile. Editorial: LOM Ediciones. 286 páginas. ISBN 956-7947-15-5.

MARTÍNEZ MIGUÉLEZ, Miguel 2005. *La etnometodología y el interaccionismo simbólico*. 8 páginas. [En línea] [Fecha consulta: 01.07.2011.].

RAPOPORT, Amos. 1972. *Vivienda y Cultura*. Barcelona, España. Editorial: Gustavo Gili. 217 páginas.

SEPÚLVEDA MELLADO, Orlando. 2005. *Variables intervinientes en el hábitat residencial Mapuche*. Tesis Tutelada, en el marco del doctorado FAU-UCH, UPM. Santiago, Chile. Editor: INVI-FAU-UCH. 133 páginas.

SEPÚLVEDA MELLADO, Orlando; VELA COSSÍO, Fernando; ÍMILAN, Walter. 2010. "Valor y fortaleza del patrimonio socio-cultural Mapuche en Chile". En: *X Congreso Internacional de Rehabilitación del Patrimonio Arquitectónico y Edificación CICOP-Chile*. 6 páginas. Editorial: CICOP Chile. Santiago de Chile.

SEPÚLVEDA, ORLANDO; et al. 1993. "Reflexiones entorno a la Vivienda Mapuche". En: *Boletín del Instituto de la Vivienda N°18*. Páginas 20-29. Santiago, Chile. Editor: INVI-FAU-UCH. ISSN 0716-5668.

THOMPSON, John B. ([1989 inglés; 1993 español] 1998 español). *Ideología y Cultura Moderna*. 2ª edición. México, México. Editorial: Salvador González Vilches / Ileri PalomaVega Rieder; Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. 482 páginas. ISBN 970-654-327-9, ISBN 0-7456-0081-6, ISBN 07456-0082-4.